

INÉDITO

CASO ABIERTO

William C. Gordon

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Michele Batany y Ana Cejas

Primera parte

1

Buscando pistas

Samuel volvía de unas largas vacaciones cuando dos niños fueron asesinados en menos de seis semanas en el mismo callejón de South of Market. Los dos eran alumnos del exclusivo colegio privado Towne.

Como reportero especializado en casos criminales en el periódico de la tarde, Samuel había saltado a la fama al resolver el asesinato de un amigo con el que solía salir de copas por Chinatown. Desde entonces había ayudado al teniente Bruno Bernardi, jefe de la brigada de homicidios de la policía de San Francisco, identificando a numerosos autores de sonados casos de asesinato. Sus crónicas siempre copaban la primera plana.

Tras repasar los dos casos de asesinato con Bernardi, se dirigió al depósito de pruebas y le entregó al arrugado funcionario una nota del teniente que le permitía el acceso.

—Otra vez tú, Hamilton —dijo el hombrecito con una sonrisa—. ¿Te puedo dar un consejo?

—Claro.

—En tu lugar, yo hablaría primero con el forense, fue su

equipo el que reunió las pruebas.

—No es mala idea, voy a buscarlo. Nos vemos luego.

Samuel se dirigió a la puerta de al lado y pidió hablar con él, mientras el funcionario se alejaba por el pasillo para confirmar que el mensaje provenía de Bernardi.

Poco después, Barney McLeod se acercó lentamente y se fijó en Samuel.

—¿Qué puedo hacer por ti, sabueso?

—Necesito hablar contigo sobre los dos secuestros que han acabado en asesinato.

—Te ha puesto a trabajar en ellos, ¿verdad?

Era patólogo de formación y tras muchos años en la profesión se había labrado una reputación en todo el país gracias a su sagacidad y a su talento como forense. Alto y anguloso, le llamaban afectuosamente Cara de Tortuga por su mirada melancólica y porque su cabeza parecía salirse del cuerpo como la de una tortuga.

—Sí, alguien tiene que ocuparse del trabajo sucio. Ahora que estás aquí, Barney, ¿podemos charlar sobre estos casos?

—Claro, vamos a mi despacho.

Se giró y recorrió el pasillo de vuelta precediendo a Samuel hasta su despacho, donde se sentó pesadamente frente a un escritorio organizado con esmero. Un esqueleto humano, uno de verdad, presidía la sala en una esquina, y de la pared de detrás colgaban fotografías de sospechosos y criminales. Varios archivos estaban apilados en la parte derecha del escritorio y, justo enfrente de él, había uno abierto por una página marcada con papel secante.

—¿Puedes hacerme un resumen de lo que sabemos de

los dos casos? —preguntó Samuel.

—Claro —dijo Cara de Tortuga—. Los dos niños fueron asesinados con seis semanas de diferencia y con la misma pistola, del calibre 38. Si damos con el arma, tenemos a nuestro asesino. Todo apunta a que la misma persona, probablemente un hombre, dejó dos mensajes bastante incoherentes en que pedía rescates, aunque probablemente tenía la intención de matar a los chicos desde el momento en que los secuestró.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no dejó tiempo para que nadie hiciese nada. Recibimos los mensajes los días en que los niños fueron secuestrados y al día siguiente aparecieron muertos en el mismo callejón de South of Market. Iban al colegio Towne, en Pacific Heights. Ya te puedes imaginar cómo se ha avivado el interés de la gente por estos casos. Los niños ricos es lo que tienen.

—¿Tenemos huellas dactilares o alguna otra prueba?

—Aunque creemos que se usó la misma pistola en ambos casos, solo tenemos una bala, la otra atravesó la cabeza del niño y no la hemos encontrado. O está incrustada en algún lugar del callejón, o se desintegró en el impacto.

—¿Tu equipo la ha buscado? —preguntó Samuel.

—Sí, pero no han tenido suerte. Se lo comenté a Bernardi, quizá haya sacado algo en claro.

—No me ha dicho nada, así que lo dudo.

—El hecho de que tengamos esa bala demuestra que el asesino cometió un error —dijo Cara de Tortuga.

—¿A qué te refieres?

—Después de registrar el callejón todo apunta a que ese

tipo sabía lo que hacía, pero dejar una bala que podamos vincular con una pistola es un error de principiantes.

—En fin, son buenas noticias. Dijiste que se trataba de un calibre 38. ¿Es una pistola muy común?

—Desde luego. Más potente que una del 22 y no tan letal como una del 45, pero mortal en manos expertas. La policía usa las del 45. Sinceramente, no podemos afirmar que quienquiera que haya usado esa pistola sea un tirador experto. Unos dicen que porque dejó que una bala se alojara en uno de los cuerpos se trata de un pardillo, pero quizá quiere que sepamos que usa una del 38 y que va en serio.

—En pocas palabras: arrogancia o estupidez —zanjó Samuel.

—Yo diría que arrogancia. No me parece un error involuntario. En mi opinión te enfrentas a un tipo que sabe exactamente lo que hace.

—¿Recuerdas algo más que pueda ser importante?

—Para serte sincero, me pareció que los dos cuerpos estaban demasiado limpios. Solo ha dejado las pistas que quería que encontrásemos sin que le impliquen.

—¿Y qué hay de la bala del 38?

—¿Tienes idea de cuántas 38 hay en este estado? Miles. Será casi imposible dar con esa pistola. Que no te quepa la menor duda de que no está registrada y créeme que a estas alturas ya ha desaparecido, así que nadie se va a tomar la molestia de investigar quién tiene una licencia para llevar una de esas en este estado. Si arrestan al asesino por cualquier otro delito y todavía tiene el arma, entonces es otra historia. Deberías echarle otro vistazo a las pruebas, quizá

se nos escapa algo. ¿Por qué no te traes al técnico de Bernardi? Es bastante bueno. A menos que se nos haya pasado algo por alto, es posible que nunca sepamos quién se los cargó.

—Para eso estoy aquí. Tu colega me ha dicho que hable contigo antes de revisar las pruebas en homicidios. Espero que un par de ojos más ayuden. Si descubro algo le pediré a Phillip McIntosh que se pase por aquí. Es el especialista forense de Bernardi.

Samuel se puso en pie y volvió al depósito de pruebas.

—Estoy listo para examinar todo lo que tengas —le dijo al funcionario— ¿Me vas a hacer compañía?

—Sabes que es el procedimiento; además, me gustaría estar presente cuando des con esa pista que resuelva los casos.

El hombrecito se dirigió al final del depósito, donde sobre los estantes se amontonaban cajas con pruebas de casos criminales abiertos. Sacó dos con etiquetas diferentes.

Cogieron una cada uno y recorrieron el pasillo hasta la sala de reuniones, en la que extendieron el contenido de cada caja sobre dos mesas. Sus lúgubres miradas repasaron calcetines, pantalones, calzoncillos sucios, camisetas salpicadas de sangre y chaquetas. Las prendas eran casi idénticas: ropa pija de niños de familias adineradas. Samuel dejó el cuaderno sobre la mesa y examinó meticulosamente cada prenda sin encontrar nada. Entonces sacó una lupa del bolsillo de la chaqueta y volvió a empezar. Su atención se dirigió hacia el cuello de la chaqueta del primer niño asesinado.

—Fíjate en esto. ¿Es una pluma diminuta? —le preguntó

al funcionario.

El hombre pequeño se acercó y miró a través del cristal de la lupa.

—Ya lo creo.

Samuel se fijó en la chaqueta del otro chico.

—Vaya —se sorprendió el reportero—. Hay más de una en los cuellos de las chaquetas e incluso en las camisas. ¿Se te ocurre qué tipo de pluma es?

—No tengo ni idea —admitió el funcionario.

—¿Qué es esta marca negra en la pernera de los pantalones marrones?

—No aparece en el informe —contestó.

—¿Puedo hacer una llamada? Creo que es hora de que Mac se pase por aquí.

Cuando Mac llegó repasaron durante más de una hora una a una todas las pruebas, tomando numerosas notas. Al terminar, Samuel señaló una diminuta partícula oscura pegada a uno de los cuellos. Mac le cogió la lupa al funcionario e hizo señas a Samuel para que echara un vistazo. Ambos llegaron a la conclusión de que se trataba de un fragmento de plomo.

—Yo diría que es un fragmento de bala, probablemente de la que no encontraron en el lugar del crimen —dijo después de revisar las notas del forense—. Creo que es hora de echarle otro vistazo a ese callejón, Samuel.

2

¿Quién secuestra a un niño?

La furgoneta Volkswagen de un amarillo desvaído avanzaba despacio por la calle Veinticinco y maniobró hasta estacionar en un aparcamiento vacío, a un par de calles del colegio James Lick. El conductor salió y quitó el caballete que sujetaba un rótulo de cartón blanco con la palabra RESERVADO impresa en negrita. Abrió el maletero, tiró dentro el panel y el caballete y cerró. Luego avanzó por el margen de la acera, abrió la puerta corredera y se introdujo en el espacio vacío en el que antes estaba el asiento del medio. Cerró la puerta, se inclinó hacia delante para sintonizar una emisora de música clásica, se acomodó y esperó.

Eran casi las tres de la tarde de un día cálido, bien entrado el invierno de 1964. Oyó el timbre del colegio y vio a los alumnos desparramarse como canicas hacia el exterior del edificio de estuco color calabaza. Uno de ellos cargaba varios libros bajo el brazo. Era Alain Sheridan, un niño de pelo castaño oscuro, ojos azules y bastante alto para tener solo once años. Avanzaba dando saltitos por la acera, procurando no pisar las líneas que enmarcaban las baldosas,

mientras se dirigía a la casa en la que vivía con su madre, Emma, y su abuela Reyna, en la calle Veinticinco cerca de Church. Era viernes y se complacía pensando en lo bien que se lo pasaría con su amigo Jacob al día siguiente: irían al zoo por la tarde y cenarían pizza en la calle Veinticuatro juntando sus pagas semanales.

Cuando Alain estuvo cerca de la Volkswagen el conductor se levantó y se inclinó hacia delante para apagar la radio; se aseguró de que los niños que caminaban delante de Alain no miraban en su dirección, porque de lo contrario se habría visto obligado a suspender la misión; se apoyó en la puerta y empapó un trapo de felpa con cloroformo. Cuando apenas dos baldosas le separaban de Alain, el hombre abrió la puerta y lo agarró, presionando el trapo contra la nariz y la boca del niño. Al principio este forcejeó e intentó gritar, pero el cloroformo se apoderó de él y acabó desplomándose sin fuerzas en los brazos del secuestrador.

Arrastró al niño y lo introdujo en la furgoneta por el maletero, recogió los libros tirados por la acera, cerró la puerta detrás de él y tumbó a su víctima en el suelo. El hombre le tapó la boca con cinta adhesiva, le enlazó las muñecas por detrás de la espalda, le ató los tobillos y usó más cinta para fijar el cuerpo debajo del asiento delantero y así asegurarse de que no rodase por la furgoneta. Como habían transcurrido menos de dos minutos dejó de preocuparse por los niños que correteaban delante de Alain. Ninguno de ellos se había dado la vuelta para ver lo que había ocurrido. Se había fijado en alguien que en aquel momento giraba por la esquina y se encaminaba hacia la furgoneta, pero le pareció

que estaba demasiado lejos como para suponer una amenaza.

Emma Sheridan observaba con atención su último lienzo sentada en el porche trasero. Era una mujer menuda, con el pelo rubio recogido en una coleta, boca delicada y unos ojos de un azul profundo que transmitían tranquilidad. Su aire de gran artista se correspondía a la perfección con su talento. Paseó la mirada por el jardín y se levantó desperezándose. Con la ayuda de un bastón dio unos pasos hacia atrás, apretujándose con facilidad entre una mesita y el sofá para contemplar la obra.

En ese momento Reyna Henri apareció con una tetera y dos tazas. Reyna era una argelina morena de pelo fuerte y liso, y nariz aguileña. Era la madre y la abuela adoptiva de Emma y Alain, respectivamente. Emma se la había traído de Francia cuando se trasladó a Estados Unidos con Alain después de que la hija de la argelina muriese. Había estado casada con un general francés, asesinado a manos de los rebeldes durante la revolución en Argelia.

—¿El amarillo es muy intenso? ¿Crees que le he dado demasiada importancia a la lavanda? ¿El toque de rojo a la derecha del lienzo es suficiente para atraer la mirada del observador? —le preguntó Emma a Reyna.

—Sinceramente, Emma, sigues pintando el mismo paisaje una y otra vez. ¿Qué te pasa? ¿Quieres que añada un par de pinceladas o que simplemente te dé mi opinión? —preguntó Reyna sonriendo.

—Ese lugar está cargado de nostalgia. Es donde Ian y yo

concebimos a nuestro hijo. Ahora que ya no está, recrearlo me da calma.

Reyna miró el reloj y vio que eran más de las cuatro.

—Es extraño que Alain todavía no haya llegado, el colegio está solo a un par de manzanas —se inquietó Reyna—. He sacado del horno los macarrones gratinados que le había preparado como tentempié y los he dejado en la encimera. ¿Dijo que llegaría tarde?

—Le daremos unos minutos más —le contestó Emma sin dejar de mirar ensimismada el lienzo.

Cuando a las cuatro y media todavía no había vuelto, Emma llamó al colegio y supo que Alain no estaba allí. Sintió que su estómago se encogía mientras asía el bastón y se dirigía con dificultad hacia la puerta. Le pidió a Reyna que se quedara por si regresaba, bajó las escaleras de la entrada hasta la calle y recorrió tan rápido como pudo las dos manzanas que la separaban del colegio. Una vez allí se dirigió directamente al despacho de la directora, a quien encontró sentada tras un escritorio repasando una pila de papeles.

—Disculpe, señora Snodgrass —titubeó con voz temblorosa y un marcado acento francés—. Mi hijo, Alain, no ha regresado a casa, y cuando he llamado me han dicho que no está aquí. Necesito su ayuda.

—Por supuesto, querida —dijo la mujer mayor, con aire severo y expresión de fastidio en la cara—. ¿Cuándo llamó?

—Hace solo unos minutos. He venido lo más rápido posible desde casa, a dos manzanas de aquí —dijo mientras se secaba las gotas de sudor de la frente.

—¿Cómo? ¿Vive tan cerca y han pasado más de dos ho-

ras?

La expresión en el rostro de la mujer pasó del fastidio al miedo, y las comisuras de los labios se le curvaron hacia abajo.

—¿Cree que deberíamos llamar a la policía? —dijo Emma.

—Quizá deberíamos esperar —sugirió, sin duda preocupada por generar una mala imagen del colegio innecesariamente—. ¿Está segura de que no tenía ningún recado o que ir a algún sitio? Quizá no se lo dijo. ¿Tiene novia?

—A su edad le gustan los cómics, Bonanza y el Pato Donald —espetó Emma—, no las chicas.

La señora Snodgrass se puso de pronto muy nerviosa. Emma se fijó en que el vestido de flores que llevaba tenía manchas de sudor en las axilas. Descolgó el teléfono con la mano temblorosa y marcó el número del comisario del distrito policial. Cuando le contestaron se presentó y le expuso la situación a su interlocutor. Escuchó en silencio durante algunos segundos antes de colgar, entonces le explicó a la señora Sheridan que un agente llegaría en breve y le preguntó si quería una taza de té.

—No, gracias, me sentaré aquí y esperaré —dijo mientras tomaba asiento en una de las sillas del despacho.

En pocos minutos dos agentes de policía entraron en el despacho de la señora Snodgrass. El más alto de los dos se presentó como el comisario Markel de la policía de San Francisco. Tenía una mandíbula poderosa, los ojos marrones muy separados y cuando sonreía revelaba unos dientes ligeramente amarillentos. Presentó a su compañero, el sar-